



Costumbres

Elementos para Una Semblanza

68 x 154
Por JUAN RUBEN VALENZUELA

Cuando se lanzó publicitariamente "El Escriba Sentado" (recopilación de crónicas de Enrique Lafourcade) aquel acontecimiento literario culminó para tres años señores en un copioso almuerzo en el "Club Peruano", en Miraflores 443. No se precisaron sus nombres, sino lo que en esa mesa se habló. Dos de los contertulios son antiguos amigos del discutido escritor y cronista Lafourcade; el tercero, más dedicado a escuchar y a dar mandobles de tenedor y cuchillo, iba recopilando mientras tanto lo que del escritor se decía. Que conste que no fueron grandes revelaciones. ¿Cuántas cosas que directamente le atañen ese autor no ha dejado sin narrar en sus sabrosas crónicas? Porque de su pluma se sabe que su infancia transcurrió en la calle Santa Isabel, bravo sector entonces donde menudeaban las colchonerías, restaurantes, garajes y billares. De la presencia del barrio podrían dar testimonios Eduardo de Calixto, los hermanos Gambi, y todo los aficionados al cinematógrafo, que se encaramaban en las dependencias de un elevado "salón" forrado por fuera en planchas de zinc.

Pero muy bien se dice que las vacaciones triunfan a la postre. Al niño Lafourcade, pues también tuvo infancia, la curiosidad lo hacía incursionar en cuanto asunto después lo serviría en su trayectoria de escritor. ¿Qué de raro tiene que en los comienzos le atrajera la pintura? Pintorescos personajes vería deambular por las cercanías del Palacio de Bellas Artes y por ese remedio del "Baix de Boulogne" que es

nuestro Parque Forestal. Ciertas niñas, cuyos nombres también se conocen, darían la nota romántica en esos comienzos juveniles. Después vendrían las amistades sesudas y el escritor conocería al fabuloso Eduardo Molina Ventura, al refinado pintor Roberto Huméres, autor de estupendas telas que solía donar sin mirar a quién de entre sus amigos.

De aquellos recuerdos brotados en el "Club Peruano" —más brioso mientras más avanzaba la tarde— se vio pasar al precoz genio de Luis Oyarzún, herbolario peripatético que enseñó mucha botánica al futuro escritor. ¿Y, qué papel pintarían en esos aconteceres mujeres tan interesantes como Rita Walker y Blanca Max Faxon? También resonó vibrante el nombre de Eduardo Eimpel, el mecenas que brindaba banquetes donde no faltaban langostas, perdices y caviar. Y bares de categoría como el "Nuria", La Trinchera", "La Bahía", el "Roxy" y el "Martini". En esos tiempos magníficos, cuando había noches y días para el jolgorio, era cuando Molina Ventura, a la hora del "consummatum est", se llevaba los dedos al bolsillo perro y sacaba un providencial billete de \$ 50 (costaba entonces \$ 6 una botella de buen vino).

Y faltaría por enumerar los viajes de este escritor, los numerosos cursos que dictó en universidades extranjeras. Todo aquél existir extenso, más sus correrías por vegas y mercados, explican la madurez de un brillante hombre de letras, testigo de su época y ameno narrador de todas sus circunstancias.

Elementos para una semblanza [artículo] Juan Rubén Valenzuela.

AUTORÍA

Valenzuela, Juan Rubén

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Elementos para una semblanza [artículo] Juan Rubén Valenzuela.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)